

no pueden decirse estériles y han apresurado el día del triunfo que todos aguardamos. Es la verdad que, hoy, por hoy, á medida que el Gobierno invasor, adueñado de Roma, cada vez cae en mayor desprestigio, se deja sentir más irresistible violencia de parte de todos los pueblos católicos, para que cuanto antes obtenga la libertad el Jerarca Supremo de toda la Iglesia.

Saludemos al gran Pontífice que nos ha dado Dios, y hagamos votos al cielo para que alcance á ver la más completa victoria de la Sede Apostólica contra todos sus enemigos.

La religion, el sacerdote, el dinero.

Digamos, antes de pasar adelante, cuatro palabras sobre el dinero que el sacerdote pide, exige en muchas ocasiones.

Los agentes de la propaganda protestante se creen autorizados para calificar á cada paso al catolicismo de *religion de dinero*, y á sus insinuaciones presta atención la clase obrera las más de las veces. La bolsa del trabajador es bien ancha; y si deja sin ninguna pena la pieza de plata sobre el mostrador del café, no le place ver que su esposa y su hija den un óbolo al vicario que hace la colecta de la limosna, ò el cuarto de la silla. El evangelio dice á los Apóstoles: *Gratis habèis recibido; dad pues, gratis.*

Es preciso empezar descartando de la cuestión á los señores ministros protestantes. No gozan de renta, es cierto, por lo menos ordinariamente; pero no viven del aire de

cielo. Sus gajes son mucho más considerables que los del sacerdote católico, y además vienen siempre diversos suplementos, como por ejemplo la cuestacion hecha para el señor pastor, á domicilio, por el sacristán. En una ciudad mixta del mediodía el ministro la pegó en entretener á su pequeño rebaño hablando de la religion del dinero. El cura católico le dijo lo siguiente: "Estoy presto, Señor, á cambiar mi sueldo con el total de la pequeña cuestacion á domicilio que se hace en provecho vuestro. Si rehusando el cambio volvéis á decir una palabra sobre *la religion de dinero*, daré á la publicidad la oferta que os he hecho y vuestra evasiva." Sencillo como la paloma, quedó de ello convencido, pero cauto como la serpiente, el pastor se calló.

Establezcamos claramente los principios.

No habría religion sin culto exterior. Aquellos que pretenden practicar la suya en el santuario de su corazon, sin dispendios, son extravagantes malvados que no la practican en parte alguna.

No puede haber culto exterior sin dispendios; y si este culto se ejerce con la imponente dignidad que conviene á la majestad de Dios á quien se adora y á los nobles instintos de los pueblos que oran, esos dispendios son considerables.

Durante diez y ocho siglos, en la Iglesia católica estos gastos han sido cubiertos por el más sencillo y más bello de todos los medios: por la donacion. El sacerdote daba gratis, como lo hace todavía, lo que ha recibido gratis, esto es, las bendiciones espirituales y los sacramen-

tos (1): los fieles pudientes daban espontáneamente el dinero que edificaba y adornaba los templos, saldaba los gastos diarios del culto y procuraba á los trabajadores del santuario techo, alimentos y vestido.

Estas donaciones llenaban largamente todas las necesidades, y permitían además al clero proteger eficazmente las artes, emprender gigantescos trabajos científicos, y sobre todo repartir entre los menesterosos cuantiosas limosnas.

Vino la revolucion francesa, y tratando á la Iglesia del modo que los socialistas de hoy quisieran tratar á los grandes hacendados, la libró del cuidado de sus riquezas despojándola de todo. Tras el despojo vinieron las proscripciones, las deportaciones, los ahogamientos, las matanzas, la profanacion general de los templos, la razon delirante entronizada en los altares bajo la asquerosa imagen de una mujer pública.

Opulento la víspera el catolicismo,

(1) No se paga sacramento alguno. Si hay algo que desembolsar para un bautizo ó un casamiento, es sólo con relacion á algunos accesorios, como la presencia de los servidores de la Iglesia y niños de coro, ó la aplicacion particular de la misa á los esposos. Cuando se conceden dispensas, se reclama de las personas que pueden una pequeña cantidad de dinero. Esta exigua suma no permanece entre las manos del sacerdote que reclama, puesto que se destina á sostener obras útiles á la religion y á los pobres. Pedirlo equivale á decirle: "Vosotros querèis hacer una cosa que presenta inconvenientes, por ejemplo desposaros con una parienta próxima, lo que perjudica á la fusion de las familias y os expone á dar el ser á niños enfermizos. La Iglesia, atendidas sabias razones, cree poder tolerar esta alianza, pero en compensacion por medio de un ligero tributo la ayudareis á la realizacion de las obras buenas que ha emprendido."

ya nada poseyó; su material fuè quemado ó robado, su personal ó muerto, ó desterrado, ó prisionero en los subterráneos.

Entonces apareció un hombre de genio á quien la Providencia habia señalado la mision de poner fin á las convulsiones de la Francia. Napoleon I, comprendió que ante todo correspondía volver á su lugar la piedra angular, la religion católica. Rodeado de descreídos, encontró terribles oposiciones; pero él sabia que en ello estaba la salud, y por eso abrió de nuevo las puertas de las Iglesias y firmó el Concordato.

Parece que la Iglesia debía recobrar cuanto la injusticia humana le habia arrebatado, pero en la práctica esta restitucion ofrecía dificultades y peligros. Con el desinterés que siempre ha caracterizado la actitud de la Santa Sede en estas coyunturas delicadas, el Jefe supremo de la Iglesia consintió en dejar á los poseedores de bienes eclesiásticos el pacífico disfrute de ellos, bajo condicion de que el gobierno francés proveería á los gastos indispensables del culto y aseguraria un *sueldo conveniente á los obispos y á los curas* (Concordato de 1802). Desde el comienzo de este siglo tiene pues, el gobierno, en sus presupuestos, un artículo para el sostenimiento del culto católico; y fiel á la obligacion de observarlo que tomó Napoleon I, concede cada año muchos millones, sea en construccion y arreglo de iglesias, sea en sueldos eclesiásticos.

No obstante, es preciso notar que al cumplir generosa y lealmente sus compromisos, el gobierno no cubre todos los gastos que entraña el ejer-

cicio de la religion catòlica, el cual supone recursos suplementarios. Supone que aquellos de los fieles que demanden, durante el ejercicio del culto, cuidados particulares, contribuirán con su óbolo á la conservacion del templo y de sus ministros. Esta es la razon del óbolo ó retribuciones especiales por un trabajo particular ó por un favor que no era exigible. Tomemos, por ejemplo, la retribucion por las sillas. Esta retribucion va *in totum*, deducidos los gastos, á la junta de Obras: el sacerdote no toca de ella un céntimo. En otro tiempo, en las iglesias de Francia, al igual de lo que sucede hoy todavía en las de Italia y en las de España, no se colocaban sillas. Entonces los fieles oraban de rodillas ó humildemente sentados en el suelo. Hoy las juntas de Obras ofrecen á los fieles cómodos asientos, pero exigen en cambio algunos céntimos, que reunidos y acumulados forman una suma bastante considerable, que constituye en muchas localidades el principal ó el único recurso que permite celebrar decentemente el oficio divino. Bien sabemos que algunos pobres vergonzantes se encuentran contenidos por el cuarto de la silla; pero ante las cuestiones de interés general, es preciso mirar más allá. Si hoy día se suprimiese en toda Francia el cuarto en cuestion, más de veinte mil parroquias no tendrían más que unos ornamentos sagrados deformes por su vestustez, las iglesias sucias, y un personal de chantres y de niños de coro reducido á un monaguillo mal vestido. Esta sería la pompa del culto, pompa necesaria en la aldea como fuera de ella, para hablar al

corazon por los ojos y conservar la fé en las cosas invisibles por el espectáculo de las visibles.

El sacerdote católico hace cuestiones, pero no es la democracia quien debe de ello lamentarse. El cura de la edad media cuando quería practicar una buena obra subía al castillo, porque en él estaba concentrada la riqueza. Hoy, que está más dividida, es preciso alargar la mano á todo el mundo. Por medio de las cuestaciones se ayuda mucho á las personas perezosas á decidirse por una buena accion, y los que no tienen la costumbre de dar, pueden rehusar su óbolo sin vergüenza. Pero quéjense los avaros de que estas cuestaciones perpetuas ponen perpetuamente en evidencia su economía... ¡Ah! ¡tanto peor para ellos!

Pero no, las aspiraciones diarias del Sacerdote son; ver frecuentados los Oficios Divinos, los niños asiduos asistentes al Catecismo, los enfermos visitados y los pecadores absueltos. Pues bien, este trabajo es, financieramente considerado, completamente inútil.

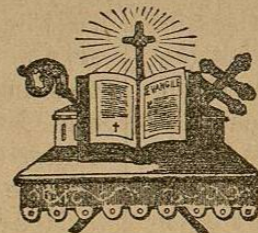


NECROLOGIA.

Con profundo sentimiento nos vemos constreñidos á consignar aqui el fallecimiento del Illmo. Sr. Obispo de Colima, **Dr. D. Francisco Diaz Montes**, acaecido el 14 del corriente en la Hacienda de S. Isidro. Celebráronse sus funerales en esta Santa Iglesia Catedral con la solemnidad prescrita en el Ceremonial de Obispos, oficiando de pontifical N. Illmo. Metropolitano Dr. D. Pedro Loza, quien no hace aun dos años le habia conferido la consagracion episcopal. En tan corto intervalo consumó el Illmo. finado el cúmulo de sus merecimientos con las eminentes virtudes de un Pastor segun el corazon de Dios.—R. I. P.

COLECCION

DE DOCUMENTOS



ECLESIASTICOS.

ANT. IMP. DE N. PARGA.

RESP. JESUS BERRUERO.

TOM. VI.

GUADALAJARA, MAYO 8 DE 1891.

NUM. 57.

SECCION I.

CARTA

DE SU SANTIDAD EL SR. LEON XIII

A LOS ARZOBISPOS Y OBISPOS DEL

IMPERIO DE AUSTRIA.

A nuestros queridos Hijos, Cardenales Sacerdotes Federico Jurstemberg, Arzobispo de Olnutz, Francisco de Paula Schoenbores, Arzobispo de Praga, y á Vos Venerables Hermanos los Arzobispos y Obispos del Imperio de Austria.

LEON PAPA XIII.

Queridos Hijos y Venerables hermanos, salud y bendicion apostolica: Desde los primeros dias del Soberano Pontificado, al cual la Providencia de Dios Nos ha elevado, al dirigir nuestra vista á todas las partes del mundo Católico, Nos ha servido á la verdad de gozo el gran número y la excelencia de proyectos y de obras en toda especie de bienes que han proseguido con solicitud y con la ayuda de Dios los Obispos de uno y otro clero

y los fieles; pero Nos hemos experimentado tambien un amargo dolor, viendo á los enemigos de la Iglesia unidos en una detestable conjuracion para arrancar de su asiento y para derribar si pudieran, el edificio que elevado ha Dios mismo para que sirva de refugio al género humano.

Esta guerra empeñada desde hace tiempo y en toda la extension contra la Iglesia de Jesucristo, aunque es seguida mediante diferentes maniobras y con ejércitos diferentes, segun los distintos lugares, tiene un solo y unísono plan que es este: borrar en las familias, en las escuelas, en las leyes, en las instituciones todo vestigio de la religion; despojar á la Iglesia misma de sus medios y de la virtud insigne que posee para procurar el bien en general, é infiltrar en todas las venas de la comunidad doméstica y civil el pernicioso veneno de los errores.

Ningun medio ha sido perdonado por los adversarios, quienes han obrado con una licencia infinita. Se han desencadenado en gran número y violentamente contra los derechos, la libertad y la dignidad de la Iglesia, contra los Obispos y contra todas las órdenes del clero y sobre todo